

Del libro como resistencia o del lector bajo sospecha

A propósito de *Fahrenheit 451* de François Truffaut

Juan David Suárez Ceballos

El germen

El 7 de septiembre de 1966 en el Festival de Cine de Venecia (Italia) se estrena el quinto largometraje del director galo, François Truffaut: *Fahrenheit 451* (Reino Unido). En aquel evento recibe la nominación al León de Oro por Mejor Película del año. Basado en la novela homónima (publicada en 1953) del escritor estadounidense Ray Bradbury, el filme es considerado por los especialistas como uno de los principales referentes del género de ciencia ficción a nivel mundial. Además, fue rodado en su totalidad en el Reino Unido y el nombre en cuestión alude al grado de temperatura en el cual arde el papel de los libros.

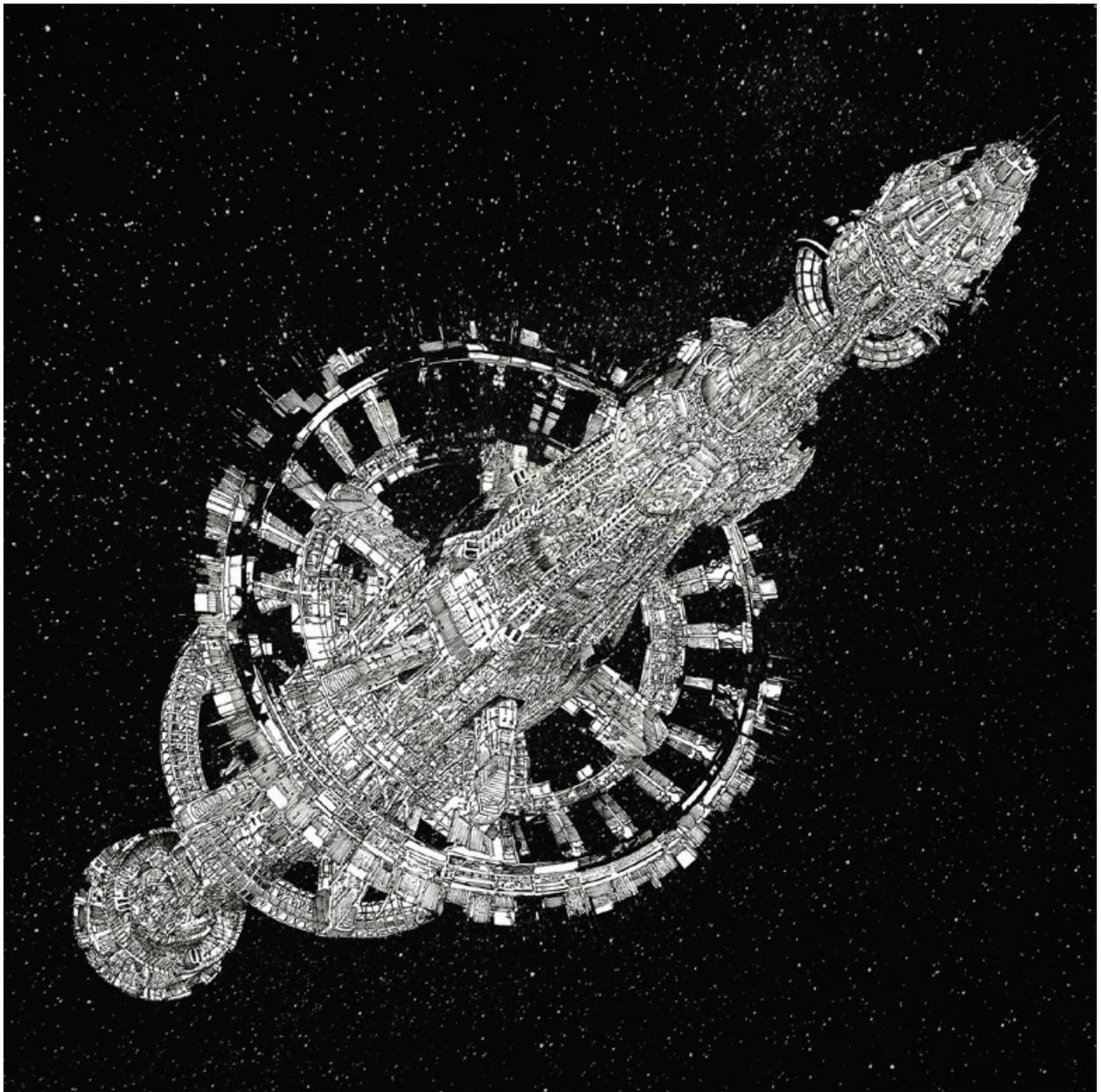
Cacería de brujas

Un ejemplar (cuyas páginas se pasan solas, como ayudadas por el viento o, acaso, por una entidad paranormal) que contiene imágenes de pinturas de Dalí, entre ellas una referente a los jinetes del apocalipsis, señala el trágico desenlace que está a punto de ocurrir: la masiva quema de textos en la biblioteca de una gran casa. Libros de Chaplin, Marcel Proust, incluso un número de *Cahiers du Cinéma* (revista icónica francesa de crítica de cine mundial) sucumbirán a esta conflagración junto con un fotograma de la película *Sin aliento* de Godard (¿acaso una declaración radical de Truffaut en contra de su colega y amigo? o, por el contrario, ¿una valoración al trabajo cinematográfico del contestatario director?).

Aquella escena en la cual vemos a la maestra de escuela inmolándose junto a sus libros, al prenderles fuego, antes que sean quemados por el cuerpo de bomberos, no sólo es un acto de rebeldía sino de orgullo y de proclama simbólica al decirle al mundo que, cuando perece o es destrozado un libro se asesinan las ideas, los legados, el tiempo, el amor y el esfuerzo que su autor le dedicó para que llegara a ver la luz. Si es una biblioteca entera, aun mayor será la aberración. Un crimen abominable, por donde se le mire, contra la humanidad misma.

“Los libros son simplemente basura. No tienen nada interesante”, proclama el capitán Beatty (Cyril Cusack) del cuerpo de bomberos a Guy Montag (Oskar Werner) el protagonista. A las claras, una concepción descabellada, absurda, totalitaria, inquisidora, censuradora y mutiladora, acerca del texto impreso: “Están prohibidos, por eso son peligrosos y están prohibidos porque hacen infeliz a la gente”, replica el orgulloso, oprobioso e irracional oficial.

No sabemos si es más aterrador el hecho de la quema de libros materializada por los bomberos (paradójicamente, encargados de provocar el fuego en lugar de extinguirlo) que siguen órdenes del Estado de aquel país imaginario (aunque posible) o la pasividad de quienes ven el hecho y no generan acciones para impedirlo. Después de todo, en un mundo donde la costumbre se vuelve ley y la ley sanciona a todo aquel que se atreve a cuestionarla y a subvertirla, lo mejor para la mayoría es, simplemente, ver, cerrar la boca y obedecer. Una



Santiago Restrepo Posada. *Nave Nodriz de Exploración*. Tinta sobre papel. 55 x 77 cm.

sociedad con mentalidad decadente, que todo lo deja pasar, y no rompe con esquemas preestablecidos (porque cree que son inmutables o nadie está autorizado a cambiarlos por miedo a desatar la furia de quienes gobiernan) es suficiente para que cualquier ideología imperante, por más tiránica que sea, prospere.

Afortunadamente, siempre hay quien no se conforma con la supuesta y nauseabunda normalidad impuesta por el establecimiento. Es,

precisamente, el caso de Montag que, al rebelarse y poner en jaque al sistema, sabe que sus horas están contadas y solo los mismos libros serán el camino para su salvación.

Así ocurrió con regímenes totalitarios como el nazismo, el fascismo, el estalinismo (adscrito al comunismo soviético), el maoísmo (corriente que creó al comunismo chino), las dictaduras militares latinoamericanas y africanas del siglo pasado, las antiguas monarquías europeas, los

reinados árabes (aún existentes), el gobierno de la dinastía de los Kim en Corea del Norte, por solo citar algunos de los más emblemáticos. Ninguno de ellos ha permitido que sus dictámenes y políticas sean rebatidas y derribadas.

El libro se convierte en el chivo expiatorio, en la disculpa para vendarles los ojos a la población iletrada, confundida o que pretenda salirse del redil, violando la prohibición. La “peligrosa” fuente de conocimiento debe ser eliminada, desaparecida, a como dé lugar, de la faz de la tierra antes de que “contamine y corrompa” la apacibilidad del pensamiento y alma de las personas: “La gente las lee (refiriéndose a las novelas) y se siente infeliz con su propia vida. Le provoca querer vivir de formas que nunca podrían ser en la realidad... La única forma de ser felices es si todos somos iguales. Por lo tanto, tenemos que quemar los libros, Montag”, afirma Beatty.

Narración encendida

El aporte sustancial de Bernard Herrmann (reconocido por la banda sonora de *Psicosis*, *Vértigo* y otras películas de Hitchcock y de algunos directores de prestigio) al frente de la composición musical, le introduce una carga de tensión, emotividad e intriga al relato. Los matices psicodélicos recurrentes en la contracultura de los años 60 del siglo xx, fueron aprovechados por Truffaut para integrarlos a la historia y producir en el espectador la sensación de estar en un período futuro y distópico dentro del cual toda forma de desprenderse del institucionalismo, fuera acallada o aplastada. De ello dan fe tanto la fotografía de Nicolas Roeg como la dirección de arte: tonos contrastantes, recargado uso del color, donde predomina el rojo de la estación y del carro de bomberos y el negro de los uniformes de los agentes que integran dicha elite incendiaria, similares a los que portaban los guardias de las SS (Schutzstaffel): temido y siniestro escua-

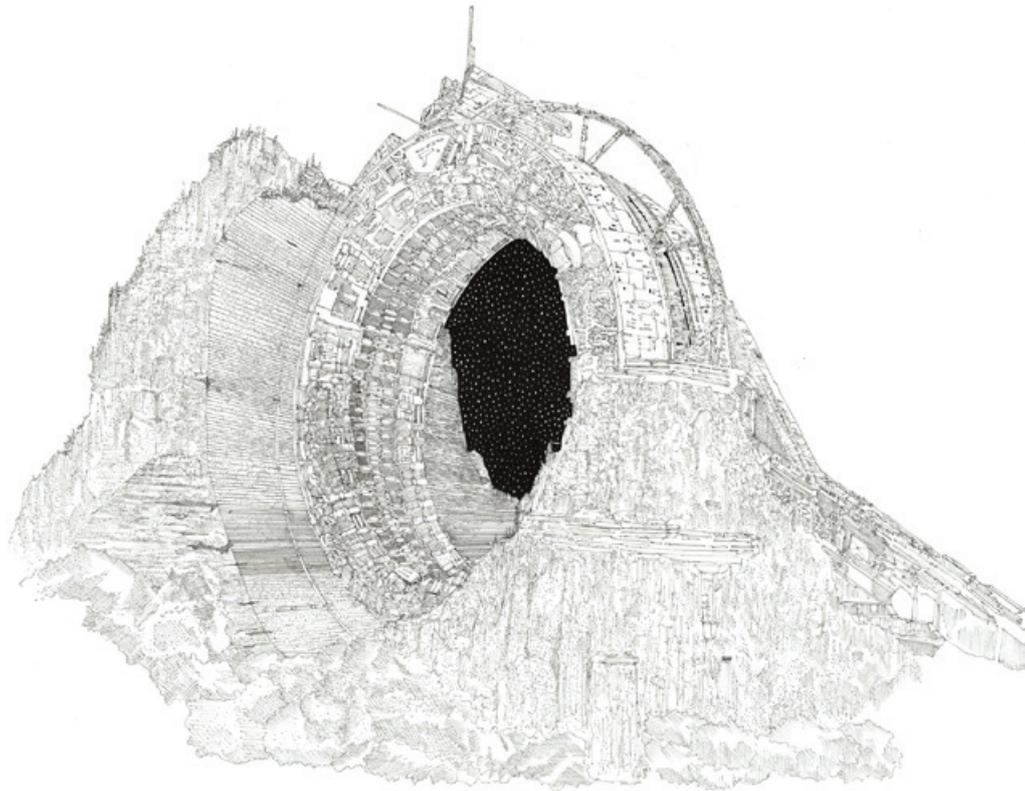
drón militar al mando de Adolfo Hitler y del Partido Nazi.

Si bien el argumento es una adaptación del texto original de Bradbury y mantiene la esencia de aquel, tiene la indiscutible impronta autoral del realizador de la *Nouvelle Vague* (la Nueva Ola francesa): movimiento cinematográfico surgido a finales de los 50 (en la centuria pasada) que rompió con esquemas de la narrativa clásica de Hollywood. Truffaut marca, sutil, pero directamente, la dinámica con la cual se va a desarrollar la película: una postura política, identidad, estética, su particular dirección de actores, un guión correctamente ensamblado, manejo preciso de las elipsis y el ritmo adecuados para cada escena y secuencia, elementos, en conjunto, con los cuales se construye un filme de gran calidad.

El montaje y la planimetría contribuyen a realzar el significado y simbolismo de esta fantástica pieza audiovisual en la cual las acciones, los espacios y el tiempo cinematográficos se sincronizan y acompañan perfectamente para narrarnos de manera progresiva (a través de la imagen en movimiento) esta sinigual ópera fílmica heredera de una joya de la literatura universal.

Camino a la redención

Montag, al igual que el apóstol San Pablo, es un converso; pero, a diferencia de este, no lo hace gracias a la figura de un ser redentor de hombres, sino de un objeto tan pequeño y de simple apariencia que por siglos ha contribuido a reivindicar y salvar la humanidad del cáncer de la ignorancia, de apóstatas, dictadores y falsos profetas que solo desean imponer caprichos y voluntades decadentes e ideologías trasnochadas para someter a quienes, por desconocimiento, no ven más allá de lo que podrían percibir si tuvieran acceso, fácilmente, a los libros.



Santiago Restrepo Posada. *Portal*. Tinta sobre papel. 55 x 77 cm.

Nuestro héroe prende fuego a su lecho matrimonial, primero; luego, procede a quemar su tv de muro y, por último, contra su voluntad, se anticipa a sus compañeros y destruye con el lanzallamas novelas como *Lolita*, *Moby Dick*, *Las aventuras de Tom Sawyer*, en fin. Todo un acto de liberación con el cual corta, definitivamente, los vínculos que lo unían a esta despiadada y funesta organización denominada con el mismo nombre del libro y el filme.

Como todo hombre transformado, al pasar de la incineración al rescate de obras literarias e impulsado por su amiga Clarisse (Julie Christie), Montag irá en búsqueda del paraíso en la tierra, donde leer no sea ilegal y vetado, sino una obligación disfrutable, una declaración de principios, puesto que, aunque no se puedan retener libros tangibles en aquella zona de tolerancia, cada quien debe aprenderse por completo un texto y volverse uno de estos, rebautizándose

con su respectivo título. De este modo el legado se transmitirá a las generaciones venideras.

Fahrenheit 451 es una crítica sin piedad alguna a la censura y manipulación del pensamiento y las libertades individuales desde cualquier frente o campo que provenga, sea del partido o movimiento político que domine una nación, de la figura idealizada e intocable de un dictador o de los medios de comunicación que cumplen un papel clave a la hora de cambiar todo según su conveniencia y, casi siempre, sin que nos percatemos de ello.

Juan David Suárez Ceballos es sociólogo de la Universidad de Antioquia e investigador cinematográfico. Textos suyos han sido publicados en la *Agenda Cultural* y en la revista *Candilejas* (Universidad del Tolima). Actualmente es integrante de cinEncuadre colectivo en la ciudad de Medellín.